

RESEÑAS

GUNNAR MYRDAL, *El estado del futuro*, traducción de Florentino M. Torner (México: Fondo de Cultura Económica, 1961), 290 pp. ✓

Excepto para la extrema derecha, el problema de planificación *vs.* no planificación, de "laissez-faire" *vs.* intervención estatal de la economía, ha dejado de serlo. Después de los famosos debates de Hayek (*The Road to Serfdom*) y Finer (*The Road to Reaction*), así como de las incesantes discusiones en torno a los efectos beneficiosos o deletéreos de la planificación estatal, hemos llegado a una coyuntura histórica en donde ya resulta de puro interés histórico el famoso "estado policía nocturno" defendido por los primeros liberales. Si todavía quedase alguna duda sobre el particular, este libro de Gunnar Myrdal debe despejarla definitivamente.

El distinguido intelectual sueco divide su libro en dos partes: la primera, titulada: "La tendencia hacia la planificación", trata el problema desde la perspectiva del Estado-nación contemporáneo; la segunda, titulada: "Repercusiones internacionales de la planificación nacional", mira al problema desde una perspectiva internacional. El ámbito de la discusión no se limita al estudio de los "países ricos" del Occidente, sino que también incluye a los países infra-desarrollados económicamente y al bloque de los países comunistas. En todo momento, la lectura del libro da evidencia fehaciente de que el autor conoce a fondo la dinámica del desarrollo económico y político de todos estos países, lo mismo que los problemas más urgentes que se les han presentado —y que se les presentan— en el transcurso de dicho proceso.

Myrdal cuenta entre los "países ricos" principalmente a aquéllos cuya economía se ha desenvuelto hasta tal punto que son capaces de asegurar un alto nivel de vida para sus habitantes. Estos componen una pequeña minoría de la humanidad —sólo constituyen, en cuanto a población, un poco más de la sexta parte de la población en el mundo no-soviético— formada esencialmente por los países de Escandinavia, Europa Occidental y los Estados Unidos de América. En todos estos países "ricos", dice Myrdal, encontramos un proceso mediante el cual el Estado fue gradualmente interviniendo —en un grado cada vez mayor— en la economía de éstos. La planificación es entonces, en

todos los casos, algo que surge "ad hoc", como una necesidad, y no como resultado de una acción política racionalmente dirigida hacia ese fin. Fue la necesidad de coordinar todas las acciones estatales lo que hizo indispensable, al fin y a la postre, la planificación. El resultado ha sido, según nuestro autor, una "armonía creada" —totalmente distinta a la "armonía natural de intereses" sustentada por los liberales del siglo XIX— que permite una convivencia más fecunda de todos los grupos constitutivos de dicha sociedad. Todo este proceso hacia la planificación y la "armonía natural" de intereses, marchó de la mano con ciertas "fuerzas ajenas al mercado que estimularon la intervención en los mercados y dirigieron los intentos intermitentes de coordinarlos". Entre estas "fuerzas", Myrdal señala hacia "la formación cada vez más racional de actitudes, que fue a la vez causa y efecto del crecimiento de la intervención, hacia la gradual democratización del poder político y, cosa no menos importante, al constante progreso económico que acrecentó la libertad de movimiento e hizo menos exigente la generosidad mutua".

En esta fase del libro, Myrdal especula en torno a un "Estado del futuro", en donde "la administración de las cosas" haya llegado hasta tal punto de racionalidad que el Estado pueda prescindir de intervenciones ulteriores en la vida colectiva de los pueblos "ricos". La "utopía" de Myrdal es, según su propia confesión, lograr una mayor participación de asociaciones y entidades autónomas que, respaldadas por una identificación de sus componentes para con la comunidad política, puedan realizar funciones que impidan la "estatización" de la colectividad. Este es el meollo de la argumentación de Myrdal, según sus propias palabras:

La esencia de la argumentación de este libro es que, aunque la planificación es requerida constantemente por el creciente volumen de intervención, la finalidad y la realización de la planificación en el Estado benefactor consisten, en realidad, en simplificar constantemente, y en liquidar en gran parte, la vieja y la nueva intervención: sustituir la malla cada vez más espesa de intervenciones directas y de detalle del Estado por unas pocas acciones políticas, en su mayor parte de carácter general y, en particular, rectificar la comunidad nacional de tal suerte que pueda dejarse en su mayor parte a la cooperación y el acuerdo colectivo de la gente, en toda clase de comunidades y organizaciones situadas por debajo del nivel del Estado, la formulación de las normas para su convivencia.

Pero para ello, es indispensable superar la "apatía política" que

aqueja a muchos de los países ricos. Resulta forzoso difundir información adecuada a los ciudadanos del Estado-nación. En fin, que nuestro autor reitera la vieja fe liberal en los frutos de la "ilustración" y su tendencia a promover una mayor racionalidad en las acciones colectivas.

En los polos opuestos a los países ricos se encuentran esos países "proletarios", cuya meta actual parece resumirse en una palabra: "desarrollo". Ha acontecido lo que Myrdal llama "El Gran Despertar" de los países coloniales, marcando el fin del colonialismo y de los grandes imperios europeos. Estos países infra-desarrollados económicamente, que parecen haber confirmado—en el nivel internacional—la famosa tesis marxista sobre la pauperización cada vez mayor de los grupos indigentes—quieren superar, en el menor tiempo posible, todo el legado de pobreza extrema, analfabetismo y enfermedades que heredaron de los años de su colonización. Estos países pobres, constituidos por la inmensa mayoría de la población mundial, hoy se orientan hacia los niveles de desarrollo económico que es característico de los países avanzados industrialmente. La planificación, como medida de coordinación de sus esfuerzos para guiar racionalmente su ingente proceso de industrialización, se convierte en una necesidad. Al mismo tiempo, la fragmentación de muchos países afro-asiáticos, las profundas diferencias étnicas, regionales, y tribales, la ausencia de una tradición que haya cultivado sistemáticamente las técnicas de organización modernas, traen como consecuencia graves dificultades en el orden colectivo. Luego, y no menos importante, es en muchos casos la ausencia de identificación de parte de una gran mayoría de sus habitantes para con el recién creado Estado-nación. Los líderes de estos países, conscientes de todas estas dificultades, no dejan de percibir que su desarrollo industrial tiene que ser mucho más rápido que el de los países occidentales. Confrontados con el dilema agudo de realizar dichas metas sin caer en el Estado totalitario y monolítico que caracteriza al bloque soviético, muchos de ellos optan por un curso intermedio de acción que les permita conservar lo mejor de ambos sistemas, pero sin caer definitivamente en uno de los dos campos. Es esta tendencia, expresada políticamente por la posición neutralista, la que pretende establecer un equilibrio entre la forma de desarrollo económico occidental y la rusa. No obstante, en estos países resulta muy difícil, según nuestro autor, lograr esa descentralización que él cree palpar en el desarrollo del Estado benefactor característico de los países occidentales. Esto de por sí conlleva un grado mayor de "estatización" que en estos.

En cuanto la Unión Soviética y los países del bloque comunista, Myrdal considera que estos han llevado a la planificación hasta el ex-

tremo de la "estatización" total de la vida colectiva. En el proceso, se ha creado un Estado monolítico y totalitario, donde la planificación puede llevarse a cabo de un centro desde donde irradian las directivas para todos los organismos e instituciones que tienen a su cargo la acción colectiva. En consecuencia, la centralización hace difícil —si no imposible— el surgimiento de instituciones u organizaciones que, a la manera del Estado benefactor occidental, puedan frenar las tendencias excesivas hacia el control todopoderoso del Estado. A pesar de esto, Myrdal dedica un pensamiento optimista a la U.R.S.S.: "No es del todo improbable", escribe, "que con los niveles más altos de vida y de instrucción que se van alcanzando gradualmente al alcance de la vista en la Unión Soviética, el sistema se relaje". Los estudios hechos de Rusia después del "deshielo" poststalinista, ofrecen esperanzas en este sentido: la U.R.S.S. no ha dejado de ser un Estado monolítico y totalitario, pero hay algunos cambios que parecen presagiar una mayor liberalización del régimen. Como medio de reducir las tensiones en la guerra fría y, por ende, de alejar aún más el peligro de una guerra nuclear, muchos verían con beneplácito el augurio —tal vez demasiado optimista— de Myrdal.

Es en el nivel internacional, sin embargo, donde se presentan los verdaderos problemas. Pues toda planificación nacional, tendiente a lograr una mayor integración de la economía del Estado-nación, está inextricablemente atada a un nacionalismo económico que produce una desintegración económica en el plano internacional. La gran crisis y la revolución colonial han acelerado este proceso. Como dice nuestro autor, "*el Estado benefactor democrático de los países ricos del mundo occidental es proteccionista y nacionalista*". La antinomia del sistema radica precisamente en que "la integración nacional avanzó *pari passu* con la desintegración internacional". Así, los efectos positivos internos de la planificación han traído en el orden internacional, efectos negativos. Ante este dilema tan agudo, nuestro autor aboga por un estudio concienzudo de aquellos medios mediante los cuales podría lograrse una amplia "armonía creada", pero esta vez en el campo internacional. Porque, "*no hay otra alternativa a la desintegración internacional que empezar a construir el mundo benefactor por cooperación y transacciones mutuas internacionales*".

Dentro de su fe iluminista, Myrdal aboga por una mayor educación e ilustración de los pueblos, de forma tal que pueda superarse el nacionalismo excesivo que impide la cooperación internacional. La desconfianza, el miedo, la histeria colectiva promovida por los medios de comunicación de masas característica de la guerra fría, parecen constituir obstáculos insalvables. Esta desconfianza, agudizada en los países recién liberados por sus años de colonialismo, es un poderoso

disolvente de cualquier entidad supra-nacional que pretenda fabricar esa "armonía creada" en el campo internacional de que nos habla Myrdal. Pero los nacionalismos soviéticos y norteamericanos no son menos desintegradores. El problema se agrava, porque "hay un enorme abismo entre el ingreso de las naciones ricas y el de las pobres, y las naciones pobres representan las masas". Y mientras tanto, los países occidentales, recalcando uno de los elementos fundamentales, de su herencia: la libertad, parecen haber olvidado, en el campo internacional, ese otro elemento no menos importante: la igualdad. Por eso es que, como señala agudamente el autor, los comunistas "nos han robado el fuego" en su apelación a los países infra-desarrollados.

Myrdal sugiere varios organismos internacionales que podrían contribuir hacia una mayor "armonía" en el nivel supra-nacional. Programas de ayuda técnica, de distribución de alimentos, préstamos gratis de maquinaria y equipo, todos ellos contribuirían a la disminución del hiato entre los países "ricos" y los países "proletarios". Para lograr estos fines, sin embargo, es forzoso que todos los países "ricos" y no únicamente los Estados Unidos de América —contribuyan a un fondo común, Myrdal concluye con una nota optimista, haciendo un llamamiento para "una ciudadanía más instruida". Guiado, como señala en el comienzo del libro, por los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, termina su libro con la serenidad y la ponderación que compete a un escolar de su estirpe.

No obstante, es forzoso señalar que hay fuerzas operando actualmente que pueden anular —o por lo menos impedir considerablemente— la realización de las esperanzas de Myrdal. A pesar de que quizás la experiencia de los países Escandinavos presente evidencia en favor de una descentralización creciente del aparato gubernamental, lo mismo no puede decirse de países occidentales como los Estados Unidos y Francia, donde el poderío de los militares con relación al poder civil ha ido en aumento a medida que se ha intensificado la guerra fría. El mantenimiento de una economía de guerra —correspondientes al 10% del ingreso nacional bruto en los Estados Unidos y 25% del ingreso nacional bruto en la Unión Soviética —así como la incesante carrera armamentista son un claro indicio de que, mientras la guerra fría continúe como hasta el momento, las tensiones internacionales impedirán una descentralización efectiva de la economía a lo largo de las líneas trazadas por Myrdal. El poderío ejercido por agencias o instituciones no representativas, cuya arma principal es el secreto, ponen en duda la efectividad —en términos de su capacidad para influir en las decisiones políticas— de esas entidades autónomas que nuestro autor ve como contrapeso a la excesiva "estatización". Si el poder de decisión sobre asuntos tan vitales como la guerra y los

medios para pelearla se alejan cada vez más del ámbito de control del conjunto de asociaciones que nos describe el autor, es muy difícil evitar ese sentimiento de apatía e indiferencia que él considera como funestos en una democracia. Este sentimiento de alienación de los centros de poder—tanto económicos como políticos—que frecuentemente experimenta el hombre moderno en los países industrializados tiene una raíz muy honda: su incapacidad para comprender o para alterar el curso de los acontecimientos que determinan su vida. A mi juicio, el Dr. Myrdal no considera con detenimiento suficiente las dificultades que presenta su teoría al enfrentársele a este aspecto de la realidad contemporánea, así como la posibilidad de que se aduzcan datos suficientes para presentar una teoría opuesta a la suya; a saber, que la "estatización", en el sentido en que la entendían los viejos liberales, podrá haber cesado, pero la influencia preponderante del sector militar conllevado por una economía de guerra acentúa la "centralización" del poder político en vez de su "descentralización", aun en las democracias occidentales.

Además, la profecía marxista sobre la pauperización cada vez mayor del proletariado no se habrá realizado en los "países ricos" de que habla Myrdal, pero es indudablemente uno de los factores operantes en el mundo internacional a través de los pueblos "proletarios" del mundo. La "armonía creada", por la cual él aboga en el campo supra-nacional se confronta con este escollo, y no bastará con repartir más pródigamente los frutos de la ilustración para salvarlo. Mientras los países occidentales, dizque por combatir el comunismo, sirvan como freno a cualquier movimiento de reforma social y económica en los países infra-desarrollados, tendrán que cargar con el peso de la responsabilidad histórica en el empobrecimiento creciente de éstos. El fortalecimiento de las derechas en los países occidentales que parece marcar nuestra era revolucionaria, puede traer el recrudescimiento de un movimiento análogo al Fascismo de los 30, creándose así una polarización de fuerzas antagónicas que—por sus tendencias belicosas—traiga consigo el holocausto de una tercera guerra mundial.

Tal vez esta sea una mera respuesta pesimista ante el optimismo del libro de Myrdal. Pero es precisamente esa fe en el hombre y en sus capacidades lo que resulta tan admirable dentro de la situación actual. Uno podrá leer el libro de Myrdal con un grado de escepticismo, pero nunca con sarcasmo. La sinceridad del autor, su análisis impecable, su caudal de conocimientos, son factores más que suficientes para evitar que ello ocurra.

MANUEL MALDONADO DENIS
Universidad de Puerto Rico